
Lamia / Fanny Enrigue

I

En la gruta, encerrada, se ha pegado tierra
a mi falta de miembros
Â Â Â Â Â Â monstruo
mÃ¡s de quinientas horas sin dormir
los ojos (siempre) abiertos con que en una era
Hera me supliciÃ³.

Los ojos
en todas las horas con la muerte del Ãºltimo hijo, hija:
su alargada agonÃ­a y los balbuceos
antes de siniestrarme
antes de esta cola de reptil
fui una madre que implorÃ©: no te lo lleses
el Ãºltimo, no.
La de blancos brazos dilatÃ³ el dolor.
Â¿CuÃ¡ntas eras tarda?
Â¿Era necesario
verlo perder absolutamente toda la sangre? Â¿Era necesario
verlo mirarme asÃ­, Hera?

Dame amapola
narcotÃ­zame.

Antes de mis silbidos caminantes.
Hera: herida
incurable
para mi penÃºltimo bebÃ©. De un dÃ­a
a otro dÃ­a
la diosa vaca lo hizo enflaquecer
hasta quedarlo como una apariciÃ³n.
Sorbida hasta su mÃ©dula: en mis ojos
en mis senos la leche que nunca amamantÃ³
quemadura de la diosa
calcinada por los celos, pÃ©trea.

Dame, dame amapolita.
Hazme dormir
ciÃ©game.

El antepenÃºltimo, que era el primero de los tres hijos
de Zeus que concebÃ­ antes de mi cueva
antes de mi rostro de fiera IÃ­bica.
Un traqueteo, un golpe contundente desde el cielo
murmurÃ³ el fin
el inicio de las tajantes catÃ¡strofes
por Hera venidas.

La primera de las cicatrices para el pupilar:
cada hora insomne
cada estaciÃ³n insomne, la vista
en la muerte de cada uno de mis hijos. HuÃ©rfana
hueca hasta en mi propio Ã¡bito.
La mÃ­a estirpe desgarrÃ³
eviscerada.

NarcotÃ­zame. Dame aunque sea un poco
un poco damapola
damapolita.

Â

II

La primera coyuntura era chirriar
en el reflejo de un charco, en la linde, en el borde:
mirar en el agua
en mis ojos vistos en el agua
el homicidio de mis niños
su gesto imparlante, aterrado.

Suficientes sacrificios

suficiente paga:
otórgame el don de la ceguera.
Y esperó todas las horas
velando
lo que nunca podrá enterrarse.

Palpó

mi deformidad fugada por la tristeza a esa guarida.
La condena de no cerrar los ojos
ver las últimas respiraciones de los niños
mientras ellos me miraban
ma ma ma ma
palpó mi monstruo. En esa cueva
nadie
podrá verme.

Zeus no cambiará a mi sino, Zeus no me cegó.

Quítelos
me rumoró en secreto (casi inaudible)
una noche y los otros días
mis ojos
con pena madre
miraban perpetuamente los niños
dentro de una vasija.

Mientras, yo velaba sin ellos lo que no se puede enterrar.

Â

III

Tantos días había preguntado
hacia dónde va la sangre de los niños
que mueren.
Quién acompaña en la subterránea morada
a cada uno de ellos
quién les dice: no tengas miedo.

Dónde está la sangre de las madres cuyos hijos matan.

¿Se es todavía una madre
cuando ellos han partido?

Los niños se suceden en la mirada diurna
una y mil veces dentro de aquel recipiente.

Infinitas veces dentro
de la memoria.

Los niños iban rompiendo la membrana
que me guardaba el juicio.

Nocturna: sacaba mis ojos del cuenco

y una vez en el rostro, salía de la caverna a espiar
como los bichos como los gatos.

Nadie
podrá
verme
mientras miraba yo.

Â

IV

Iba creciendo un gran tiburÃ³n en mi esÃ³fago
en ese hueco
de mis hijos. Iba volviÃ©ndose deforme
mi rostro en las horas
nocturnas que recuperaba mis ojos de aquella vasija.

DebÃ­- dejarlos ahÃ­-
al cuidado del barro y no de mi apetito.
DebÃ­- quitarme los colmillos, no salir
a silbar a los caminantes
no hablar con dulzura a los niÃ±os ajenos.

Pero no habÃ­a carne tan tierna
como la intacta.

Â¿Se es todavÃ­a una madre
cuando se arrebatata
a otras madres a sus crÃ­os?